

Pero de mozuelo había vivido en el gran tiempo. Y el encanto especial de su obra con frecuencia parece estribar en su mayor parte en cierto júbilo, fuerte y bondadoso a la vez, que persiste aún en medio de sus cuentos más horripilantes; y esa alegría debe de haber sido el espíritu de la Primera Confederación Ateniense antes de que lo estrangulara otro espíritu, el de la guerra del Peloponeso.

¿Qué objeto tenía este entusiasmo, qué base esta esperanza tan excelsa? Traspasaríamos los límites que aquí nos hemos impuesto si intentásemos responder plenamente a esta pregunta. Pero podemos indicar algunas causas. Entre otras, descuella la rapidez extraordinaria de los adelantos alcanzados, y, a la par de esto, la circunstancia, tan raras veces repetida en la historia, de que los diversos adelantos parecieran ayudarse unos a otros. Así, los ideales de Libertad, de ley y de progreso; los de verdad y de belleza; los de saber y de virtud, de humanidad y de religión—altas cosas cuyos conflictos de unas con otras han dado lugar a los trastornos y a las disoluciones y desesperaciones de las sociedades humanas—parecían, durante una o dos generaciones, en esa época, tener todas igual rumbo. Y en esa dirección moviase, en conjunto, gran parte de la Grecia con rapidez extraordinaria. Había, desde luego, sus aguas estancadas y sus fuerzas reaccionarias: Había Esparta y aún Etolia; Pitágoras y el Oráculo de Delfos. Pero, por regla general, todas las cosas buenas iban de la mano. Los poetas y las hombres de ciencia, los maestros de moral y los robustos pensadores filosóficos, los grandes comerciantes y los reformadores políticos, todos hallaron su centro de vida y de aspiración en la misma «Escuela de la Hélada»: Atenas. La derrota de la invasión persa y la formación de la Liga Ateniense pusieron a este movimiento el sello final del éxito. Las más altas esperanzas y los más elevados ideales habían luchado brazo a brazo con ideales y esperanzas inferiores, en condiciones en que parecían éstos últimos tener de antemano asegurado el triunfo, y, de manera milagrosa, nadie podía decir cómo ni comprenderlo, lo alto había demostrado que también era lo fuerte. Atenas asumió la importancia que le correspondía como primera potencia del Mediterráneo.

Recordemos brevemente ciertos pasajes bien conocidos, de Herodoto, para que nos den el tono de la época:

Atenas representaba el helenismo (*Hdto. i. 60*): «La raza griega distinguíase desde antaño de los bárbaros en que era más ágil de intelecto y estaba más apartada del salvajismo (o estupidez) primitivo... Y, entre todos los griegos, reputábase a los atenienses primeros en sabiduría.»

Atenas representaba el triunfo de la Democracia (*Hdto. v. 78*): «Así creció Atenas. Lo bueno que es la igualdad entre los hombres resulta claro no de una sola cosa sino de cuanta prueba le impongáis. Ni en la guerra era Atenas mejor que sus vecinas ciudades cuando la dominaban tiranos; pero cuando se libertó de tiranías las superó a todas.»

Y la Democracia era en esa época cosa que encendía entusiasmo. Un orador, en Herodoto (*iii. 80*), dice: «El tirano perturba las antiguas leyes, viola a las mujeres, mata a los hombres sin que haya previo juicio. En cambio, cuando manda el pueblo, primero, el nombre de eso es tan bello: Isonomiê (Igualdad ante la ley); y, segundo, el pueblo no hace ninguna de esas cosas.»

«¡El nombre de eso es tan hermoso!» Veinticinco años después fué cuando un estadista ateniense de antecedentes moderados y más bien populares, dijo, en un discurso pronunciado en Esparta (*Tucidides vi. 89*): «Desde luego, todo hombre sensato sabe qué es la Democracia, y yo mejor que los más, pues he sufrido; ¡pero nada nuevo hay que decir acerca de la locura reconocida!»

Pero eso es adelantarnos. Debemos fijarnos en que esta Democracia, esta Libertad, que Grecia, y especialmente Atenas, representaban, era el Régimen de la Ley. Hay una anécdota que cuentan Esquilo, de los atenienses, y Herodoto, de los espartanos, para contrastar a unos y a otros con los bárbaros y sus monarquías absolutas y sin ley. Xerxes, al saber el pequeño número de sus adversarios griegos, pregunta: «¿Cómo podrán resistirnos, máxime siendo, como me decís que son, libres todos ellos y sin que hombre ninguno los obligue?» Y el espartano Demarato le responde (*Hdto. vii. 104*): «Libres son, oh Rey, pero no libres para hacer toda cosa; porque tienen sobre sí un amo, y es la Ley, a quien temen más que a ti tus siervos. Los griegos obedecen cuanto la Ley les manda, y la voz de la Ley es siempre igual.» En Esquilo (*Los persas, 241 seqq.*) los dos personajes que hablan son persas, de manera que el punto respecto a la Ley no lo pueden explicar. Queda en el misterio cómo y por qué los griegos, siendo libres, van de frente hacia su propia muerte.

Sería fácil reunir muchos pasajes más para demostrar que Atenas representaba la Libertad (*e. g. Hdto. viii. 142*) y la liberación de los oprimidos; pero lo que es aún más característico que la insistencia en la Libertad es la insistencia en Aretê; la Virtud: El deber impuesto a cada griego, especialmente a cada ateniense, de ser mejor que el hombre mediocre. Hallamos prueba de ello donde era menos de esperarse. Herodoto da en resumen las palabras que dijo el muy calumniado Temístocles antes de la batalla de Salamina, condensación brevísima, hecha a regañadientes, de un discurso tan famoso que el historiador, por decencia, no pudo hacer caso omiso de él (*Hdto. viii. 83*): «El argumento de la arenga era que en toda cosa que le es posible hacer al hombre, hay por razón de su naturaleza o de su situación, una tendencia hacia lo elevado y otra hacia lo bajo; y que ellos, los griegos, debían seguir la primera. Quisiéramos conocer más de este discurso. Logró admirablemente lo que se proponía.»

Se insistía también en otro sentido de Aretê, en el sentido de bondad y de generosidad. Un verdadero ateniense debía saber ceder. Cuando los varios Es-

tados contendían por la jefatura de las fuerzas aliadas, antes de entrar en batalla en la de Artemisio, los atenienses, que habían contribuido las mejores y más numerosas fuerzas, «opinaron», nos dice Herodoto (*viii. 3*), «que lo esencial era salvar a Grecia, y retiraron su demanda». En disputa similar, por el puesto de honor y de mayor peligro, antes de la batalla de Platea, los atenienses abogaron por su causa y la ganaron fácilmente (*Hdto. ix. 27*). Pero fijémonos no sólo en el espíritu moderado y disciplinado con que prometen acatar la decisión de Esparta y no guardar resentimiento alguno si se rechaza sus razones; fijémonos también—más allá de en ciertos puntos obvios, como por ejemplo el tamaño de su contingente,—en los fundamentos en que basan su demanda del puesto de honor: Alegan que en años recientes ellos solos se han enfrentado sin ayuda de nadie a los persas, y no sólo por defenderse a sí sino por defender a toda Grecia; que en los tiempos antiguos fueron ellos quienes les dieron refugio a los hijos de Hércules cuando por toda Grecia los perseguía el insupportable tirano Euristeo; que ellos fueron quienes hicieron propia la causa de las esposas y de las madres de los argivos muertos en Tebas, ciudad potente y conquistadora a la que le hicieron la guerra para evitar que se ultrajase a impotentes cadáveres.

Estos pasajes, a los que podríamos añadir un centenar de pasajes más del mismo tenor, nos demuestran, no, desde luego, lo que era Atenas en rigor absoluto, sino el ideal de sí misma que Atenas se había forjado: Estado ninguno ha sido jamás una masa compacta de nobles virtudes. Esos pasajes nos ayudan a ver cómo veían a Atenas, con ojos de imaginación, Esquilo, y el joven Eurípides, y la «Banda de Amantes» que Pericles juntó para adorar a su Princesa entre todas las Ciudades. Atenas representaba la Libertad y la Ley, el Helenismo y el Intelecto, el sentido de Humanidad y el de Caballerosidad, y la suprema virtud de hacer propias las causas de los desvalidos y de los oprimidos.

¿Sintió Eurípides todo esto? La pregunta puede formularse hasta con cierta insinuación de duda. La respuesta más completa quizá se halle en dos tragedias que escribió sobre las dos hazañas de generosidad que hemos mencionado: El asilo dado a los hijos de Hércules y el ardor con que hizo propia la causa de las argivas suplicantes. La primera de estas obras nos ha llegado, por desgracia, mutilada; en ella, además, es posible que haya interpolaciones; *Las suplicantes* nos servirá mejor en nuestro propósito. A mi juicio es uno de los primeros dramas que escribió el poeta, en su juventud, reescrito por el año de la Paz de Nicias (421 a. C.), en los comienzos del periodo medio de su carrera. Un drama defectuoso en muchos aspectos,—juvenil, obvio, tosco,—pero inflamado de espíritu caballeresco y lleno del sentido de la confianza propia.

La situación que presenta es como sigue: Adrašto, rey de Argos, ha dirigido la malafortunada expedición de los Siete